

blica. Acusado despues Manlió de haber conspirado contra la libertad pública, tuvo que comparecer ante los tribunales. Presentó allí los brazaletes, los venablos, doce coronas cívicas, treinta despojos de enemigos vencidos, y su pecho acribillado de heridas; al mismo tiempo recordó que habia salvado á Roma. La respuesta que obtuvo á todo esto fué el ser precipitado por la misma roca por donde él habia precipitado á los galos. ¡Ved ahí, señores, lo que es un pueblo verdaderamente libre! Nosotros, despues del dia de la conquista de nuestra libertad, no hemos cesado de perdonar á nuestros patricios sus complots contra nosotros. Tampoco hemos dejado de recompensar sus ruindades enviándoles carros cargados de oro. En cuanto á mí, si hubiese votado semejantes dones, me moriria de remordimiento. El pueblo nos mira y nos juzga; de este primer decreto depende la suerte de nuestros trabajos. Si somos débiles, perderémos la confianza pública; si somos enérgicos, nuestros enemigos quedarán desconcertados. No mancheis la santidad del juramento consintiendo que lo pronuncien unas bocas sedientas de nuestra sangre. ¡Nuestros enemigos jurarán con una mano, y con la otra afilarán sus espadas para clavarlas en nuestros corazones!»

## VIII

Todos estos discursos violentos producian en la Asamblea y en las tribunas esa exaltacion de la pasion pública que se manifiesta exteriormente con un prolongado palmoteo. Presentábase ya que la única política sería en adelante la ira de la nacion, que la época de la filosofía habia pasado ya para la tribuna, y que la Asamblea no tardaria en dejar á un lado los principios para echar mano á las armas.

Los girondinos, que no hubiesen querido lanzar á Isnard tan léjos, conocieron que era preciso seguirle hasta donde le siguiese la popularidad. En vano trató Condorcet de defender su proyecto de decreto dilatorio. La Asamblea, de acuerdo con el informe de Ducastel, adoptó el decreto de la comision de legislacion. Sus principales disposiciones se reducian á pedir que los franceses que estaban reunidos al otro lado de las fronteras fuesen declarados desde aquel momento como sospechosos de conjuracion contra Francia, y como conspiradores si no volvian á entrar en su patria ántes del 1.º de Enero de 1792, y consiguientemente castigados con la última pena; que á los príncipes franceses hermanos del rey se les impusiese la misma pena como simples emigrados si no obedecian la intimacion que se les hacia, y que sus bienes fuesen confiscados desde el momento; finalmente, que á los oficiales de mar y tierra que abandonasen sus puestos sin permiso ó sin prévia dimision aceptada, se les asimilase á los desertores y fuesen castigados con pena de muerte.

Estos dos decretos affigieron el ánimo del rey y consternaron á todos los miembros de su Consejo. La Constitución le daba derecho para suspenderlos, usando del *veto* real; pero suspender los efectos de la ira del pueblo contra los enemigos armados de la revolucion, era llamarla sobre sí. Los girondinos fomentaban artificiosamente aquellos elementos de discordia entre la Asamblea y el rey. Estos hombres esperaban impacientes que la negativa del rey á sancionar aquellos decretos llevase la irritacion del pueblo al último extremo, y forzase al rey á huir de nuevo ó á entregarse en sus manos.

El espíritu más monárquico de la Asamblea constituyente reinaba todavía en el directorio del departamento de Paris. Desmeuniers, Baumetz, Talleyrand-Perigord y Larocheffoucauld eran sus principales miembros. Estos redactaron una peticion dirigida al rey, suplicándole que rehusase su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados. Esta peticion, en que se trataba con altivez á la Asamblea legislativa, abundaba en verdaderos principios de gobierno en materia religiosa. Toda ella se reasumia en este axioma, que es ó debe ser el código de las conciencias: «Puesto que ninguna religion es una ley, que tampoco ninguna religion sea un crimen».

Un jóven escritor, cuyo nombre ya célebre debia conquistarle más tarde la palma del martirio político, Andres Chenier, considerando la cuestion desde las alturas de la filosofía, publicó sobre el mismo asunto una carta digna de pasar á la posteridad. Es peculiar al genio no dejarse alucinar por las preocupaciones del momento. Ve aquél desde una altura demasiado elevada para que los errores del vulgo le oculten el brillo permanente de la verdad. Hay desde un principio en sus juicios la imparcialidad del porvenir.

«Todos los que han conservado—dice Chenier—la libertad de su razon, y todos aquellos en que el patriotismo no es un violento deseo de dominar, ven con mucho disgusto que las disensiones de los sacerdotes hayan podido ocupar los primeros momentos de la Asamblea nacional. Sería ya tiempo de que el espíritu público se ilustrase sobre esta materia. La misma Asamblea constituyente se ha equivocado sobre este particular. Ella trató de hacer una Constitucion civil de la religion, es decir, que tuvo la idea de formar un clero despues de haber destruido otro. ¿Qué importa que una religion difiera de otra? ¿Le toca á la Asamblea nacional reunir las sectas que están divididas y juzgar sus diferencias? ¿Los políticos son acaso teólogos?... Nosotros no nos verémos libres de la influencia de esos hombres sino cuando la Asamblea nacional haya mantenido á todos y á cada uno la libertad completa de seguir ó de inventar la religion que le acomode, cuando cada uno pague el culto que quiera seguir y no pague otros, y cuando la imparcialidad de los tribunales en semejante materia castigue con entera igualdad á los perseguidores ó á los sediciosos de todos los cultos... Los miembros de la Asamblea nacional dicen que el pueblo frances no está aún suficientemente maduro para recibir esta doctrina. Es preciso responderles: «Puede que eso sea así; pero á vosotros toca el madurarnos con vuestras palabras, con vuestros actos y con vuestras leyes». Los sacerdotes no perturban los Estados cuando nadie piensa en ellos. Acordémonos que diez y ocho siglos han visto á todas las sectas cristianas, desgarradas y ensangrentadas por las ineptias teológicas y por las enemistades sacerdotales, concluir siempre por apoderarse del poder.»

Esta carta pasó desapercibida por los partidos que se disputaban la conciencia del pueblo; pero la peticion del directorio de Paris, en que se pedia el *veto* real contra los decretos de la Asamblea, promovió otras peticiones violentas en sentido contrario. Vióse entónces comparecer por primera vez en la barra de la Asamblea á Legendre, carnicero de Paris. Este vociferó allí en lenguaje oratorio las imprecaciones del pueblo contra sus enemigos y contra los traidores coronados. Legendre cubria con pomposas palabras la trivialidad de su discurso. De esta mezcla de sentimientos vulgares con las ambiciosas expresiones de la tribuna nació aquel idio-

ma caprichoso en el que los harapos del pensamiento, unidos al oropel de las palabras, hacian que la elocuencia popular de la época se asemejase al hijo indigente de un advenedizo. El populacho estaba enorgullecido de robar su lenguaje á la aristocracia hasta para combatirla, pero al robárselo lo ensuciaba. «Representantes,—decia Legendre,—mandad que el águila de la victoria y la de la fama extiendan sus alas sobre vuestras cabezas y sobre las nuestras; decid á los ministros: «Nosotros amamos al pueblo. ¡Empiece ya vuestro suplicio! ¡Los tiranos van á morir!»

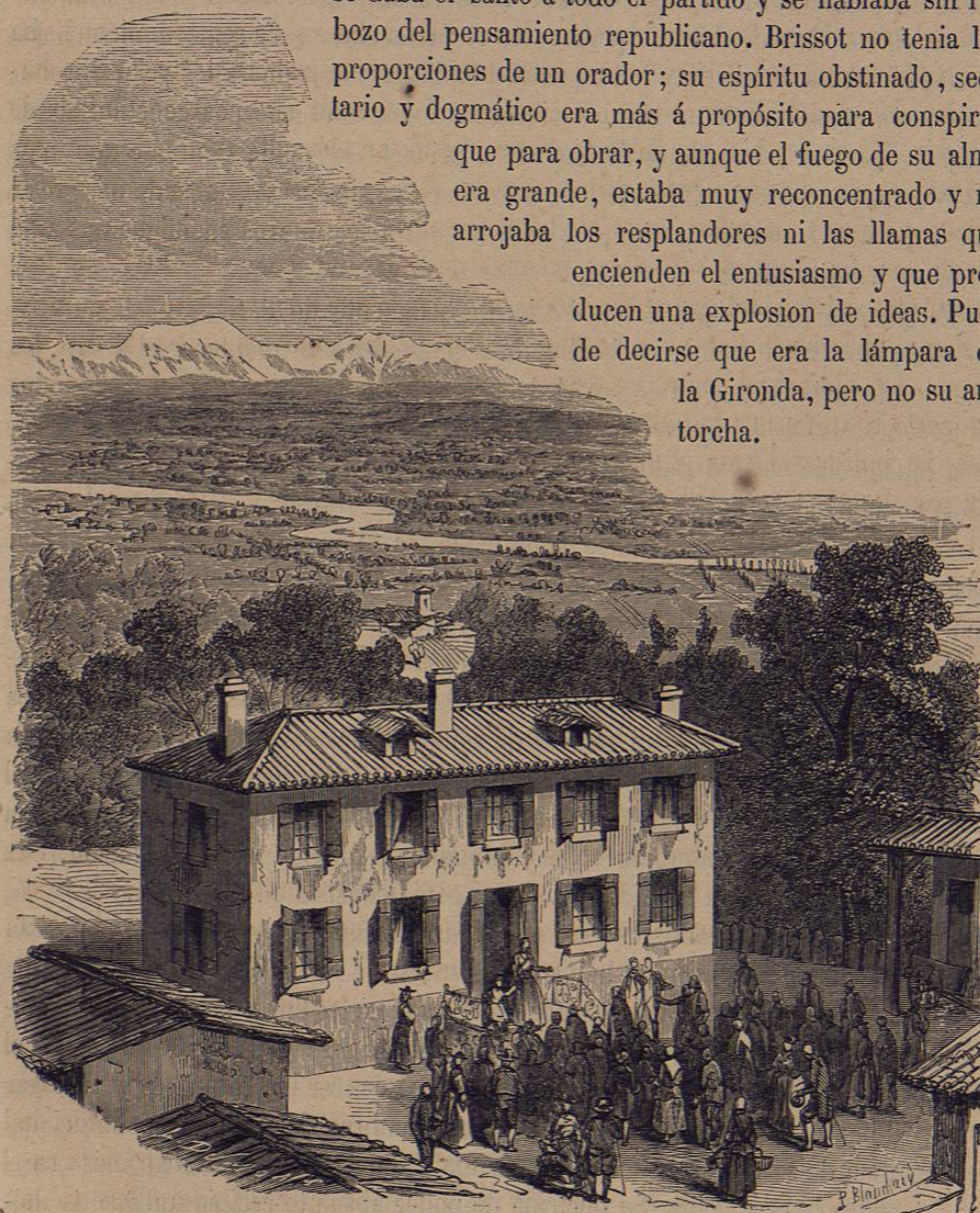
## IX

Camilo Desmoulin que, como ya hemos dicho, era el Aristófanes de la revolución, se servia de la sonora voz del abate Fauchet para hacerse oír; Camilo Desmoulin era el Voltaire de las calles, el que excitaba las pasiones populares valiéndose del sarcasmo. «Representantes,—decia,—los aplausos del pueblo son su lista civil; la inviolabilidad del rey es una cosa eminentemente justa, porque el rey debe por naturaleza estar siempre en oposicion con la voluntad general y con nuestros intereses. No se cae voluntariamente de un puesto tan elevado. Tomemos ejemplo en Dios, *cuyos mandamientos no son jamás imposibles*; no exijamos del ántes titulado soberano un *amor imposible* hácia la soberanía nacional, y hallemos muy sencillo que imponga el *veto* á los mejores decretos que hagamos. Pero que los magistrados del pueblo, que el directorio de Paris, que los hombres que hace cuatro meses hicieron fusilar en el Campo de Marte á los ciudadanos signatarios de una petición individual contra un decreto que todavía no se habia dado, inunden el imperio con otra que indudablemente no es sino la primera hoja del gran registro de la contrarrevolucion, y una suscripcion á la guerra civil enviada por esos hombres para que la firmen todos los fanáticos, todos los esclavos y todos los ladrones de los ochenta y tres departamentos, á cuya cabeza están los nombres ejemplares de los miembros del directorio de Paris; ¡padres de la patria!... hay en ese escrito tal complicacion de ingratitud, de bellaquería, de prevaricacion y perversidad, de filosofía hipócrita y de pérfida moderacion, que nos reunimos desde luégo á vosotros para sostener los decretos. ¡Continuad, fieles mandatarios, como habeis empezado! Y si hay obstinacion en no querer salvar la patria, no somos solos, serémos suficientes á salvarla. Porque, en fin, el *veto* real tiene su término como todas las cosas, y ya hemos visto que no ha sido suficiente para impedir la toma de la Bastilla. Nosotros tenemos la medida exacta del civismo de nuestro directorio desde que le hemos visto volver á abrir por medio de una proclama incendiaria, no las cátedras evangélicas á los sacerdotes, sino unas tribunas de sedicion á unos conjurados con sotana. Su petición es un escrito que tiende á envilecer los poderes constituidos, y una excitacion á la guerra civil y al trastorno de la Constitucion. Ciertamente que no somos nosotros los admiradores del gobierno representativo, sobre el cual pensamos lo mismo que Juan Jacobo Rousseau; pero si no estamos por ciertos artículos, estamos aún mucho ménos por la guerra civil. ¡Cuántos motivos tenemos de acusacion! La prevaricacion de esos hombres es evidente. ¡Heridles! Pero si la cabeza dormita, ¿cómo obrará el brazo? No levanteis ese brazo, no levanteis ya la maza nacional para aplastar esos insectos. ¡Un Varnier, un de Latre! ¡Caton y Ci-

ceron formaron causa á Cetego ó á Catilina? A los jefes es á quien se debe perseguir. ¡Heridles en la cabeza!»

Esta verbosidad irónica y audaz, aplaudida ménos por el palmoteo que por las risas que excitaba, encantó á las tribunas. Decretóse que se enviara el proceso verbal de la sesion á todos los departamentos. Esto equivalia á elevar legislativamente el libelo á la dignidad de acto público, y á distribuir la injuria completamente confeccionada á los ciudadanos, para que ellos no tuviesen que hacer otra cosa que arrojarla á los poderes públicos. El rey tembló ante el libelista, y conoció por aquel primer ensayo de escarnio á sus prerogativas que la Constitucion se quebraria en su mano cada vez que se atreviese á servirse de ella.

El dia siguiente el partido constitucional, más fuerte en la sesion, hizo repetir el envío del acta á los departamentos. Brissot manifestó su indignacion por esto en *El Patriota Frances*. Allí era y en los Jacobinos donde mejor que en la tribuna se daba el santo á todo el partido y se hablaba sin rebozo del pensamiento republicano. Brissot no tenia las proporciones de un orador; su espíritu obstinado, sectario y dogmático era más á propósito para conspirar que para obrar, y aunque el fuego de su alma era grande, estaba muy reconcentrado y no arrojaba los resplandores ni las llamas que encienden el entusiasmo y que producen una explosion de ideas. Puede decirse que era la lámpara de la Gironda, pero no su antorcha.



La Platiere.—Pág. 230.

## X

Los jacobinos, muy reducidos en número, porque muchos de sus principales miembros habían sido elegidos diputados en la Asamblea legislativa, fluctuaron algún tiempo como un ejército licenciado después de la victoria. El club de los Fuldenses, compuesto de los restos del partido constitucional en la Asamblea constituyente, se esforzaba por volver á apoderarse de la dirección del espíritu público. Asustábase el pueblo, y estaban convencidos de que una Asamblea única, sin nada que contrabalancease su poder, absorbería inevitablemente lo poco que quedaba ya del trono; por consiguiente, este partido quería dos Cámaras y una Constitución que equilibrase los dos poderes legislativo y ejecutivo. Barnave, que se afiliaba en este partido acompañado de su arrepentimiento, se había quedado en París y tenía varias conferencias secretas con Luis XVI. Sus consejos, lo mismo que los de Mirabeau en sus últimos días, no podían ser otra cosa sino vanos remordimientos. La revolución se había adelantado á aquellos hombres, y ni siquiera los veía. Sin embargo, aún conservaban un resto de influencia sobre los cuerpos constituidos de París y sobre las resoluciones del rey. Este príncipe no podía figurarse que unos hombres tan poderosos ayer contra él, se hallasen ya sin fuerza suficiente para serle útiles. En ellos consistía su última esperanza contra los nuevos enemigos que veía surgir en los girondinos.

La guardia nacional, el directorio del departamento de París, y hasta su mismo corregidor Bailly, con todos los hombres interesados en mantener el orden, los sostenían todavía. Este partido era el de todos los arrepentimientos y el de todos los terrores. Mr. de Lafayette, madama de Staël y Mr. de Narbona estaban en secreta inteligencia con los Fuldenses. Una parte de la prensa era suya. Estos periódicos popularizaban á Mr. de Narbona, para quien querían el ministerio de la Guerra. Los periódicos girondinos amotinaban ya al pueblo contra este partido. Brissot sembraba contra ellos las sospechas y las calumnias, y los designaba al odio del populacho. «Contadlos,—decía,—y examinad sus nombres que son los que les denuncian. Estos hombres no son otra cosa que los restos de la aristocracia destronada, que quieren resucitar una nobleza constitucional y establecer otra Cámara legislativa que sea un senado de nobles, implorando para conseguir su intento la intervención armada de las potencias extranjeras. Están vendidos al palacio de las Tullerías, y también se venden un gran número de miembros de la Asamblea. Entre esos hombres no hay ninguno de genio ni de resolución. Sus talentos los constituye la traición, y todo su genio consiste en la intriga.»

Así era como los girondinos y los jacobinos, confundidos entónces, preparaban los motines que al poco tiempo habían de dispersar aquel club.

Mientras que los girondinos obraban así, los realistas puros no dejaban de excitar al desorden en sus hojas volantes para hallar, según decían, el remedio en el mismo mal. Así se les veía exaltar á los jacobinos contra los fuldenses y prodigar á manos llenas el ridículo y la injuria á los hombres del partido constitucional que trataban de salvar un resto de monarquía. Lo que ellos detestaban más era el buen éxito de la revolución. Su doctrina de poder absoluto recibía un méfís menos humillante para ellos del trastorno absoluto del imperio y del trono que de una

monarquía constitucional que preservase á la vez al rey y á la libertad. Desde que la aristocracia estaba desposeída del poder, su única ambición y su táctica predilecta era verle caer en manos de los mayores malvados, é impotente para levantarse por su propia fuerza, encargaba al desorden el cuidado de levantarla. Desde el primero hasta el último día de la revolución, este partido no tuvo otro instinto; así es que se perdió él mismo, perdiendo á la monarquía. Impulsó el odio de la revolución hasta hacerla llegar á la perversidad, y si no tomó parte directa en los crímenes que aquella cometió, al ménos fué cómplice de ellos por el deseo. No hubo un exceso del pueblo que no fuese una esperanza para sus enemigos, y esta política de la desesperación era tan ciega y tan criminal como ella.

## XI

Vióse por esta época un ejemplar de lo que acaba de decirse. Lafayette entregó el mando de la guardia nacional al Consejo general del Comun. En esta sesión obtuvo aún la última muestra del favor público, y después que el general salió de la sala de sesiones, se trató sobre el testimonio de reconocimiento que debía darle la ciudad de París. El general dirigió una alocución despidiéndose del ejército cívico, en la que aparentaba creer que la Constitución que acababa de promulgarse cerraba la era de la revolución, y le volvía, como á Washington, el papel de simple ciudadano de un país libre y pacificado. «Los días de la revolución—decía en aquel escrito—abren el paso á los de una organización regular, á causa de la libertad y de la prosperidad que aquella garantiza. Yo debo ahora devolver á mi patria todo cuanto me ha entregado de fuerza y de influencia para defenderla durante las convulsiones que la han agitado: ésta es mi única ambición. Guardaos, sin embargo, de creer—añadía al concluir—que se hayan destruido los despotismos de todas clases.» Entónces señalaba algunos de los excesos y de los peligros en que podía caer la libertad al dar los primeros pasos.

Esta alocución fué acogida con un resto de entusiasmo más fingido que sincero por la guardia nacional. Esta quiso ejecutar el último acto de fuerza contra las facciones haciendo ostentación de adherirse á los pensamientos de su general. Se le votó una espada hecha con el hierro de los cerrojos de la Bastilla, y una estatua en mármol de Washington. Lafayette se apresuró á gozar de aquel triunfo prematuro. Este hombre deponía la dictadura en el momento en que precisamente era más necesaria á su país. Vuelto á sus tierras de Auvernia, recibió allí la diputación de la guardia nacional que le llevó el proceso verbal de la deliberación. «Vosotros—les dijo—me habeis vuelto á los sitios que me han visto nacer, y de los que no volveré á salir sino para defender ó consolidar nuestra libertad naciente, si hubiese alguno que osase atacarla.»

Los juicios de los diferentes partidos siguieron al general en su retiro. «Ahora—decía el *Diario de la Revolución*—que el héroe de los dos mundos ha terminado su papel en París, será conveniente averiguar si el general ha hecho más mal que bien á la revolución. Para resolver esta cuestión, busquemos al hombre en sus actos. Se verá desde luego al fundador de la libertad americana no atreverse en Europa á acceder al voto del pueblo sino después de haber pedido permiso al rey para hacerlo; se le verá palidecer el 5 de Octubre, al ver al ejército parisiense diri-

giéndose á Versailles, y se le verá tambien contemporizando con el pueblo y con el rey. Le veremos en esta ocasion diciendo al ejército: «Yo os entrego al rey»; y al rey: «Yo os entrego mi ejército». Verásele tambien volver á entrar en Paris trayendo tras sí y maniatados á unos valientes ciudadanos, cuyo gran crimen consistia en haber querido hacer con el torreón de Vincennes lo que se habia hecho con la Bastilla. Se le verá igualmente, al dia siguiente de la escena de los puñales, dar cordialmente la mano á aquellos mismos á quienes habia denunciado el dia anterior á la indignacion pública. Vésele hoy, finalmente, abandonar el campo en virtud de un decreto solicitado por él mismo bajo mano, y eclipsarse por un momento en la Auvernia, para volver á aparecer sobre nuestras fronteras. Sin embargo, tambien nos ha hecho servicios que es preciso reconocer. Nosotros le debemos el haber conducido á nuestros guardias nacionales á las ceremonias cívicas y religiosas, á los ejercicios matinales de los Campos Eliseos, á los juramentos patrióticos y á las comidas dadas por las corporaciones. ¡Despidámonos de él! Lafayette, nosotros necesitábamos para consumir la revolucion más grande que haya intentado jamás un pueblo un jefe cuyo carácter estuviese al nivel del mismo suceso, y nosotros te aceptamos; los músculos flexibles de tu fisonomía, tus estudiados discursos, tus axiomas meditados por largo tiempo, todos estos productos del arte, desaprobados por la naturaleza, parecieron sospechosos á los patriotas que veian claras las cosas. Los más decididos de éstos siguieron tus pasos, te arrancaron la máscara y exclamaron: «¡Ciudadanos, este héroe no es más que un cortesano, este sabio no es sino un charlatan!» En efecto, merced á tus cuidados, la revolucion no puede hacer ya daño al despotismo: tú has limado los dientes del leon. El pueblo no es ya temible, por causa de los que son sus conductores, que han vuelto á apoderarse del látigo y de la espuela, en tanto que tú te marchas. Llévan coronas cívicas sobre el camino que vas á pasar, mientras nosotros nos quedamos aquí; pero ¿en dónde hallaremos un Bruto?»

## XII

Bailly, corregidor de Paris, se retiraba tambien á la sazón, abandonado por aquella opinion cuyo ídolo habia sido, y cuya víctima empezaba ya á ser. Pero este filósofo apreciaba más el bien hecho al pueblo que el favor de éste. Más ambicioso de servirle que de gobernarle, manifestaba ya contra las calumnias de sus enemigos la impassibilidad heroica que desplegó más tarde contra la muerte.

La voz del filósofo se perdió entre el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios para corregidor de Paris. A medida que la autoridad real disminuía, y que la de la Constitucion se aniquilaba en medio de los disturbios que agitaban el reino, el corregidor de Paris podia convertirse en el verdadero dictador de la capital.

Aquellos dos hombres eran Lafayette y Petion, el primero candidato del partido constitucional y de los ciudadanos de la guardia nacional, y el segundo de los girondinos y de los jacobinos á la vez. El partido realista, pronunciándose en pro ó en contra de cualquiera de estos dos hombres, era el árbitro de la eleccion. El rey no tenia ya la influencia del gobierno, que habia dejado que se le escapase de las manos, pero tenia aún la influencia oculta de la corrupcion sobre los intrigantes de los diferentes partidos. Una parte considerable de los veinticinco millones que



BAILLY.